

## EL COLMENAR



### Estampas navideñas.

Aunque sea a toro pasado, hoy les quiero hablar de unas Navidades distintas, de las que ya apenas quedan los rescoldos de una lumbre mal apagada, con chorizos colgados del techo de la cocina, y olor a musgo recién traído del campo. Son, al fin y al cabo, las felices Navidades de mi infancia.

Recuerdo, desde la distancia, el humilde belén de la entrada de casa, con su nacimiento y cuatro figuras de barro, dispuestas a aguantar el asalto de indios a caballo, algunos soldados de plástico, en convivencia pacífica con una numerosa representación de animales domésticos y salvajes. Ese era el primer belén del que tengo constancia.

Eran tiempos difíciles, de carencias felizmente superadas, pero también tiempos felices de zambombas, almireces y matanzas, de carrizos y somarros, de rondas, sabañones y grandes nevadas. La Navidad que yo recuerdo era mucho más familiar y cercana. Por eso, cuando mis hijos me preguntan sobre tradiciones navideñas, siempre les digo que si tuviera que elegir me quedaría con el belén y los Reyes Magos. Y dejaría en un segundo plano a Papa Noe y al árbol.

En aquellas Navidades de mi infancia los niños pedíamos por las casas el aguinaldo, íbamos a la Misa del Gallo aunque fuera roncando, y cantábamos villancicos delante del altar, mientras adorábamos al recién nacido. También rascábamos con energía la botella de anís La Asturiana – su presencia siempre agrada - o tocábamos la pandereta, con permiso de la autoridad competente, en las noches de rondalla. Como pueden observar, no hacíamos nada o casi nada de lo que hacen en Navidades los niños de ahora.

Cuando cantábamos el villancico de “madre en la puerta hay un niño más hermoso que el sol bello; dice que tiene frío y el pobrecito está enfermo”, a más de uno se le saltaban las lágrimas. Y hasta se encogía el corazón de la concurrencia cuando la madre contestaba: “anda dile que entre, y se calentará, porque en esta tierra ya no hay caridad”. Y todo ello acompañado del estribillo: “mi padre es del cielo, mi madre también, yo bajé a la tierra para padecer”.

Aquel niño pobre del villancico convivía con nosotros y con la bandeja de nueces, castañas, higos secos, guirlaches y mazapanes que presidía la mesa de comedor hasta después de Reyes. Se había convertido en un miembro más de la familia y tardaba semanas en desaparecer de ese escenario tan humilde, pero